



Pensando en tres modelos de comunicación cultural

JOSÉ LAMEIRAS OLVERA*

Elegí presentar tres trabajos de la coherente e integrada compilación realizada por el inolvidable Guillermo Bonfil Batalla, excelentemente editada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

El primero es “El laberinto latinoamericano”. En él su autor, Octavio Ianni, se ocupa del papel de Europa y los Estados Unidos de Norteamérica en la occidentalización del pensamiento y acción latinoamericanas. Planteando que tal influencia pueda suponer que hay poca o acaso ninguna originalidad en el pensamiento latinoamericano, ya que los paradigmas en Latinoamérica, los temas y modelos, los conceptos y teorías provienen de países dominantes no latinoamericanos; que aún nos son ajenos, que se evidencian exteriores, dislocados *los valores del liberalismo económico y más aún los de la democracia*, Ianni busca la originalidad latinoamericana como una peculiaridad –o un conjunto de peculiaridades– del occidente.

No obstante “Discrepancias entre palabras y cosas”, no obstante el poder del pensamiento europeo

positivista, spencerista y evolucionista como instrumentos privilegiados, prácticamente exclusivos para la acción social y política, no obstante discrepancias entre el ser y la representación, entre el signo y el significado; a pesar de que Latinoamérica no ha tenido un filósofo o una filosofía que la comprendiera en su diversidad, su complejidad y su paradójica unidad histórica: colonialismo, nacionalismo y cosmopolitismo, como tendencias que igualmente marcan la cultura latinoamericana, Ianni considera que hay ideas originales en los pensadores latinoamericanos.

El intervencionismo europeo y norteamericano no debe ser visto, no obstante, en forma unilateral. Las tiranías latinoamericanas también han sido capaces de que las conductas económicas y políticas extranjeras las favorezcan, de que sean sus cómplices en el control o el “saneamiento”. Desde México hasta la Patagonia; en el Caribe, el Pacífico y el Atlántico buenas pruebas hay de tal “occidentalización”; la que social, política, económica y culturalmente

no distingue procedencia social ni origen racial.

La fascinación, tanto como el espanto por lo extralatinamericano, implica también a los propios científicos sociales. Ello los lleva a eclecticismos, a tomar de diferentes teorías y doctrinas tesis incoherentes entre sí, sin reparar en la relación con sus sociedades de origen.

Pero Ianni, indulgentemente, observa:

Un exotismo ecléctico, caleidoscópico, paradójico [que] no es siempre inocuo, inocente o equívoco. Por el contrario, a veces puede ser importante para esclarecer aspectos y creaciones del pensamiento latinoamericano.

Con la observación y el título de “Una perspectiva múltiple” en Latinoamérica, Ianni aprecia que las sociedades latinoamericanas han sido y son originales en sus respuestas a la occidentalización. Siendo occidentales, son una variable de occidente sin la cual éste no puede comprenderse. Son una riqueza, por así decirlo, de la producción que en el arte, las ciencias sociales y la filosofía se inserta en *los horizontes de la cultura y el pensamiento mundial*. Ianni concluye; a pesar de todo: *Subsiste la impresión de que la realidad, en cada lugar, continúa en busca de concepto*. Con su artículo Ianni apunta a una necesidad imperiosa para los latinoamericanos: tras siglos de actuar, de ser conscientes en la práctica de su origen, de su ser y de su proyección en el mundo, en sus relaciones extrafronterizas con “los otros”, habrán de adquirir una conciencia reflexiva común, como tantos libertadores decimonónicos lo intentaron, buscando lo particular en lo universal. Esto nos remite a la relatividad cultural y por ello a Guillermo Bonfil, “Por la diversidad del futuro”.

* El Colegio de Michoacán.

Muy relacionado con el trabajo de Octavio Ianni, el de Bonfil se preocupa por los fenómenos de globalización [mundialización]; neoliberalización de la economía, la política, la sociedad y la cultura, la universalización de la tecnología y las comunicaciones, las grandes migraciones, la modernización (y la llamada posmodernización); la desregularización de precios, la privatización de empresas, los bloques de estados poderosos y nuestra inconciencia de la colonización intelectual y de un nuevo imperialismo omnipotente y sin oposición.

Apenas hace medio siglo se originó un proceso novedoso, aunque con añejos antecedentes enraizados en las reacciones ante los pueblos dominantes; los pueblos dominados requieren simplemente ser ante la obsecación de un occidente que siempre pretende establecer el *deber ser*, la homogeneización, la eliminación de contrastes, de distinciones. En tanto se estableció el comienzo de la modernidad hace ahora cinco siglos, en tanto los valores de esa modernidad consistían en el progreso y éste en el cambio, en lo no anclado en los valores del pasado, no en la tradición y no en formas no avanzadas de pensamiento, resulta ahora que en un mundo más comunicado al que por ello se califica como “posmoderno”, complejo, en el que se diluyen los puntos de vista centrales, como los de occidente, una multitud de pueblos expresan y defienden sus propias concepciones del mundo, la pluralidad de las historias y de las culturas.

En las diversas afirmaciones del ser en los pueblos, que una mundialización tecnológica y económica pretende ignorar, voluntades no occidentales y occidentales –irlandeses, vascos, catalanes, bretones y otras etnias europeas lo

son– buscan una coexistencia, un existir juntos, sin la condición a renunciar a ser. Ello transforma la propia idea de una historia como decurso unitario, la revela una vez más como forma de dominación, como consignación de lo que para los grupos y las clases dominantes es lo relevante, lo significativo y propio para seguir dominando.

Bonfil señala la visión unívoca de la modernización, la emitida por occidente como un único camino y una única e inexorable historia. Si en un principio fue la religión, luego la ciencia y la filosofía, argumentos de que occidente se abrogara como la razón indiscutible de su ser y proceder, paradójicamente ha sido la tecnología occidental en el mundo de los medios de comunicación la que ha permitido mayormente ver, oír y saber de múltiples diversidades que toman la palabra y se hacen reconocer; de confrontar sistemas de valores en un mundo plural de culturas, de aproximarnos a una conciencia plena de la historicidad, la relatividad, las circunstancias y limitaciones de cada sistema comenzando con el nuestro propio, el occidental; un occidental novedoso por sus contenidos americanos, asiáticos y africanos.

Tras lograr tal conciencia, en palabras de Bonfil, la modernización... *no sería un futuro dado ni un simple ajuste técnico o tecnológico que las circunstancias mundiales nos imponen a todos en forma imperativa y...* –con una sola dirección y hacia un propósito compartido, común. Sería, en cambio, un proyecto entre otros proyectos posibles.

Es más, al olvidarse que el cambio es la forma de ser de las culturas, no se repara en que

todas las culturas actuales son modernas, porque cada una de ellas ha sabido ajustarse a las cir-

cunstancias de hoy, como a cada presente a lo largo de su historia.

Abogando por un futuro plural, de continuidad en la diversidad histórica de la humanidad, en su riqueza para las futuras generaciones, Bonfil se resigna a aceptar un futuro uniforme a condición de que sea como resultado de la voluntad de todos nosotros aunque sugiere que *ello no nos haría felices*.

Lograr comprender las dificultades que implica la pluralidad, la exclusión de los otros por occidente, la diversidad civilizatoria, las condiciones de diálogo entre el poder y los marginados, y las opciones de entendimiento intercultural constituyen temas sobresalientes en el trabajo de Dominique Temple, al que titula sugerentemente “La contradicción de sistemas entre civilización india y occidental”.

Un problema, el de la tierra, resulta fundamental para Temple en la relación y contradicción inter-sistemas. Asociados con él se presentan la necesidad de un territorio, de una organización política, de una frontera indio-occidental que implique tanto lo físico, como lo cultural, la ideología y el sistema de valores que permea, desde lo económico hasta lo simbólico, hasta las representaciones del origen histórico y la cosmovisión.

Como sistemas, como conjuntos de elementos en interacción dinámica, organizados en función de objetivos determinados; de elementos no siempre ligados en términos de una red de comunicación que conforme, a su vez, una macroestructura y sea garante de un intercambio, Temple sugiere la realidad y la necesidad de límites en los conjuntos, simultáneamente a una interdependencia funcional inter-conjuntos. También implica que los objetivos muchas

veces aparecen ideologizados, valorizados, creídos o representados a *posteriori* de la acción. Los códigos de esta última son responsables de la comunicación y ella, a su vez, está cargada de significados asignados convencionalmente y representados objetivamente como conductas manifiestas, como luchas o como conflictos, al igual que como armonías interétnicas al interior de Naciones-Estado.

Los valores humanos universales, especialmente los de solidaridad y paz, los que particularmente mantienen la vida y la diferencia de los pueblos indígenas latinoamericanos, como son los de una economía basada en el don y la reciprocidad, deben prevalecer sobre los mecanismos del egoísmo y de la propiedad privatizada, de la competencia y de la guerra.

Resaltando la sensibilidad del norte europeo –en el que se convive con lapones, fineses, bretones y galos– para el problema de la indianidad; la solidaridad de países, como Argelia, y la primacía que España, a través del rey Juan Carlos de Borbón y su discurso de Oaxaca, han tenido en el reconocimiento de las naciones indias, Temple plantea dos razonables opciones para resolver la oposición y contradicción intercultural que abstrae del discurso real pronunciado en Oaxaca:

1. Establecer una frontera de sistema e inventar procedimientos de transcripción de los valores de un sistema a otro.
2. Puesto que nuestro sistema destruye el del otro y el

sistema indio no tiene tal inconveniente, adoptar el segundo de ellos.

No en balde Dominique Temple califica de “revolucionario” el discurso de Oaxaca en el que se propone *adoptar como bases de nuevas relaciones entre ambas civilizaciones los propios principios indígenas*. Esta es una cuestión, presente también, en las opiniones de Octavio Ianni y Guillermo Bonfil.

Transcribo la cita del discurso del ilustre Borbón que, en su propia patria, consagró la autonomía de sus nacionalidades:

Porque difícilmente podremos entendernos, difícilmente podremos hacernos comúnmente inteligibles si no somos capaces unos y otros de ser tan generosos para dar como para recibir los unos de los otros, porque *todos nos necesitamos solidariamente...*

Resalta el “entendernos”, “hacernos comúnmente”, “unos y otros”, “ser generosos”, “dar y recibir” y “todos nos necesitamos”. Resulta, en fin, un discurso civilizatorio de occidente.

En la imposibilidad de hacer respetar los principios del don, de la solidaridad, de la reciprocidad en escala mundial o incluso nacional, los indios se ven en la obligación de trazar esa frontera para que su humanidad no se vea borrada del planeta.

Uno debe preguntarse y urgirse a responder si tales principios y su violación endémica en México no

explican en parte al Chiapas de enero de 1994.

Las contradicciones de origen histórico-cultural, entre nuestras necesidades terrenas y de congruencia simbólica demandan que

... para fundar una verdadera comunicación es necesaria una frontera –una distinción diría Bourdieu, la defensa de la particularidad diría Bonfil, la seguridad de la originalidad diría Octavio Ianni, revertir el efecto que produce la modernidad en la comunidad diría James Petras– no sólo en una frontera política sino económica, una interfase de sistema que permita a cada uno el respeto del otro.

Ante la certeza de las aseveraciones que he extraído de esta tríada de autores, ante mi convicción de la necesidad de nuevos modelos de relaciones interculturales, una inquietante cotidianeidad, las manifestaciones coyunturales de imprevisiones e inconciencias históricas, la inconsistencia de un sistema educativo que no forma, ni libera a las diversidades haciéndolas tomar la palabra, reconocer y hacer reconocer la multiplicidad de los “dialectos culturales” dentro de un maravilloso lenguaje cultural universal, de los que la antropología debe de dar cuenta, no me atrevo a hablar de un idealismo subjetivista, pero sí de un objetivismo dudoso que aun ha de medir los poderes de quienes se imponen a la razón, a la sensibilidad, a las necesidades de afecto y felicidad de quienes son tanto sujetos de la dominación como bases de ella.